

El *Pater familias* según algunos poetas nicaragüenses

Moisés Elías Fuentes

*Ej, papá.
Ej, qué carajito.*
Mario Cajina-Vega

POCOS ESCRITORES NICARAGÜENSES han reflejado mejor las ambigüedades y tensiones de la relación entre padre e hijo que Mario Cajina-Vega (1929-1995), el viejo poeta de Masaya, ciudad de otro viejo poeta, Ernesto Mejía Sánchez (1923-1985), quien también estaba curtido en la imagen del padre y de las múltiples figuras y facetas que llega a adquirir, para bien y para mal, ese hombre al que le damos la responsabilidad de ser padre, el *pater familias*, le guste o no.

En su infancia y su juventud, estos poetas masayenses acudieron en más de una ocasión a las festividades en honor a San Sebastián, santo patrono de la ciudad de Diriamba, celebraciones que se extienden por más de una semana durante el mes de enero y que incluyen representaciones callejeras de *El Güegüense* o *Macho Ratón*, obra satírica anónima escrita hacia el siglo xvi en náhuatl y español. *El Güegüense*, que es el “papito”, según su hijo don Forcico, o el “viejo embustero”, según su hijastro don Ambrosio, representa esa dualidad del padre, a la vez dadivoso y explotador con sus hijos, ladino con la autoridad pero también burlón, mejor dicho, burlador; en resumen, el





Ilustración: Jonathon y Rev Smith. *Sunday at Home*, 1875

indígena despojado de sus bienes y de su prestigio, que recurre entonces al ingenio y la chanza para recuperar aquello que otros, no menos embusteros y ambiguos que él, los conquistadores españoles, le han arrebatado y le escatiman: el derecho a participar de la vida social.

La relación padre e hijo en ciertos escritores nicaragüenses ha de llevar ese gravamen de contradicciones y sinuosidades, mantienen tanto al padre como al hijo entre la tensión de una amistad llena de suspicacias y el sosiego de un distanciamiento cargado de muestras de afecto desinteresado. Por eso, al lado de una viñeta tan violenta e irónica como la de “Padre ejemplar./ Madre amantísima./ Y los hijos:/ una mierda”, Cajina-Vega podía esbozar, en su libro de poemas, los cuentos breves y viñetas de *El hijo*, la amistad sin aristas con su padre, adoptivo por cierto, mas no por ello menos afectivo.

El Güegüense es sin duda el texto padre de la literatura nicaragüense, base sobre la que se ha construido parte de la literatura de tradición oral del país, aunque vale aclarar que su influencia no necesariamente se ha reflejado en la interpretación que le dan los escritores

a la relación padre e hijo, pues dicha relación es demasiado personal como para que permita ser pasada por el tamiz de una tradición cultural.

Que algunos escritores han aprovechado, como lo hizo Cajina Vega, la herencia de la tradición para desarrollar personajes tipo que con sus características particulares a un tiempo reafirman y cuestionan ciertos rasgos supuestamente idiosincráticos del

pueblo nicaragüense, es más que palpable. Sin embargo, ninguno de ellos pretendió la persistencia de esos rasgos, por demás dudosos.

Un poeta que logró con singular fortuna cuestionar la tradición fue Juan Aburto (1917-1988), propiamente cuentista y, sin embargo, poeta, gracias a la prosa poética que desplegó en sus mejores narraciones. Relator que por igual se internaba en el campo que caminaba la ciudad, Aburto fue el primer autor plenamente ciudadano que tuvo Nicaragua, creador de una Managua oscura, perturbada y perturbadora, en la que, en más de un cuento, la relación entre padre e hijo es un tenso juego de intercambio de roles.

Además, él fue quien descubrió la ascendencia de los poetas, cuando nos relató que “el Maligno”, hundiéndose ya en los infiernos, sentenció: “pero dejaré entre los hombres un poeta.” Padre de familia responsable y dedicado, Aburto fue también padre intelectual de varios escritores, auténtico *Tata* protector y acucioso, distinto y distante de otra forma del *Tata* cultural, la de Leonel Vanegas “el Tata” (1942-1989), magnífico pintor

fallecido prematuramente quien era el padre de todos, porque a quien fuera lo “vergueaba”, y en eso de los golpes no hubo quien le pusiera el pie adelante.

Güegüenses o no, la mayor parte de los *pater familias* nicaragüenses han tenido que lidiar con una realidad económica y social que los bambolea entre el pícaro don Pablos y el idealista don Quijote. El padre del poeta Juan Francisco Gutiérrez (1920-2002) fue hombre de campo, como lo fue el poeta durante muchos años.

De su progenitor aprendió el amor a las cosas sencillas de la vida campesina, aunque también las rudezas y los sinsabores en que nace, vive y muere la gente del campo. En la *Epístola a mi hijo Álvaro, hasta su mexicano domicilio*, Gutiérrez elaboró el retrato del abuelo como herencia moral para el nieto:

“Perdónalo Señor” Una misa diferente, un íntimo ritual
ofician los recuerdos.

“Cordero de la pobreza que limpias de la mugre
el alma...”

Lavó la suya en la diaria responsabilidad
ganándose el pan con el sudor de su frente.

Pero a veces la relación de padre e hijo no es esta relación de vasos comunicantes, sino la imposición de una ausencia, a partir de la que debe emerger nuevamente la presencia. Partidario del gobierno del general José Santos Zelaya, derrocado en 1909 a instancias de Estados Unidos, el padre del poeta José Coronel Urtecho (1906-1994) se suicidó ante el derrumbe del proyecto zelayista. Quizá de ahí que en *Autorretrato* el poeta deja las cosas en claro: “Cuando al mirarme en el espejo/ Veo en mi cara la de mi padre/ Absurdamente tengo miedo”. El poeta vanguardista no se identificaba con una presencia, sino con una ausencia, familiar y opresiva, que perturba por los rasgos distintivos que deja en uno como individuo.

Con todo, no siempre la presencia del padre resuelve la relación con el hijo, porque entonces la

ausencia de la madre puede separarlos a ambos: tras el suicidio de su madre, doña Berta Rivas Novoa, el poeta Carlos Martínez Rivas (1924-1998) se alejó gradual pero irremisiblemente de su padre, y sólo cuando el poeta se halló próximo a morir, fue que decidió conciliarse con aquél, y expresó su deseo de ser sepultado en una tumba cercana a la de su padre. Sin poemas dedicados al progenitor, sin hacer apenas menciones a su persona, el poeta Carlos resolvió, en un poema escrito sin palabras, la relación con su padre y, acaso, consigo mismo.

También en Ernesto Cardenal (1925) se hace notoria la ausencia del padre en sus poemas, aunque en el caso del poeta sacerdote dicha ausencia se explica en tanto que ha canalizado el grueso de su labor poética hacia senderos lejanos a las relaciones familiares. Sin embargo, esta falta de familiaridad se transforma en una fiesta de primos, tíos, hermanos, abuelos y demás parientes, fiesta en la que destaca la estampa viva de sus padres, cada quien imbuido alegre y cabalmente en su papel, cuando leemos *Vida perdida*, el primer tomo de las *Memorias* del poeta.

Cardenal devela con tono chispeante y resuelto el microcosmos de una familia amistada consigo misma, en la que la relación entre padres e hijos en general, y entre el padre y el hijo en particular, no deviene tensiones y celos, sino lúdicas complicidades que definitivamente forjaron la vitalidad humanista del poeta.

Coterráneo de Cajina-Vega, contemporáneo de Ernesto Cardenal, Ernesto Mejía Sánchez se distinguió desde joven por su humor fino y mordiente a un tiempo, muchas veces mezcla de erudición y de cinismo sutil. Es entendible así que la imagen paterna que tenía el poeta la identifiquemos con un poema indócil, turbador en cuanto a su trama incestuosa y, sin embargo, no amenazador como se creería: *La carne contigua*. Inspirado en un pasaje bíblico, este largo poema en prosa revela al erudito, al afanoso lector de la poesía, pero no al hombre.

Para conocer al hombre que fue Mejía Sánchez, para dejar atrás la imagen del filólogo y catedrático e investigador hay que leer unos poemas llanos, hechos de cotidianidad y pocas palabras, tal como *Tercer nacimiento*, en que franco y conmovido nos advierte:

Ves que la mujer se pierde por los hijos
de tu carne y tú también vas tras ellos
y te olvidas de la suya. Pero vendrá,
vendrá un día en que todos seremos
inseparables como la uña de la carne.

Si un hombre sabe entrañarla en su alma, la paternidad se vuelve un milagro. El hombre que entraña en su alma la paternidad sabe que ha vivido su propio milagro, su dotación de divinidad viva y terrestre de una vez y para siempre. Entonces este hombre puede sentir a su propio padre de otra manera, más cercana y duradera, real y palpable. Es así como imagino que se descubrieron como hijos los poetas Luis Vega Miranda y Napoleón Fuentes.

Luis Vega Miranda (1943) escribió una serie de *Poemas de madera a mi padre* en los que recupera la imagen del padre carpintero, entregado de cuerpo entero a su taller, base sobre la que se apoyaba la vida familiar. El hijo es indisoluble del padre, porque ambos comparten, acaso sin declararlo, el amor y el temor a la vida: “La vida de mi padre/ es mi vida misma/ contada por alguien/ que nos conoce a los dos.”

Vega Miranda no duda en expresar que su padre era un hombre que, aun amando la vida, estaba traspasado por el miedo: “Miraba a mi padre sonreír,/ detener el viaje de la garlopa/ y hacer un chiste./ Regresaba a la tristeza o al sueño,/ ocultos o envueltos...”. Un hombre de todos los días, que sobrellevaba con ánimo y fuerza

la pesada carga de ser el “hombre” de la casa, el héroe particular del hijo.

Desde que lo leí por primera vez en la biblioteca de mi padre, me identifiqué con la filiación al padre que transmiten los poemas de Vega Miranda. No fue así de sencillo con Napoleón Fuentes (1940), porque me costaba comprender que ese hombre tan seguro de sí mismo que es mi padre fuera también un hombre familiar, vulnerado y vulnerable, emocionado y emocionable como lo refleja en los poemas a mis abuelos, tanto los paternos como los maternos, o en la poesía a mi madre y a mi hermano.

Sólo fue varios octubres después de aquel octubre de 1988 en que Juan Aburto falleció en la ciudad de México fulminado por infarto del miocardio cuando comprendí, al releer el poema que mi padre le dedicó, *Boarding pass para Juan Aburto*, que era y es un escritor, pero sobre todo un hombre llano y terreno, con la suficiente fuerza moral para acompañar a un amigo en sus horas finales —mi padre era entonces el agregado cultural de la Embajada de Nicaragua—, así como para expresar sin reservas el duelo y el llanto que le produjo esa muerte.

Güegüenses y quijotes dije antes, porque hay que investirse de la astucia del pícaro y de la ingenuidad del loco para aventurarse por los caminos de la paternidad y de la poesía, sobre todo en un país en que la buena poesía y la buena paternidad han sido y son aún consideradas rarezas o extravagancias, cuando no cobardías. A pesar de ello, o justamente por ello, los escritores que tienen mucho por decir y más por vivir insisten, tozudos, así como tozudos son los hombres que han aprendido en el día a día que la paternidad no es cosa de hombres, sino de humanos. ■